LA PAZ EN LA IGLESIA PRIMITIVA

Consideraciones sobre la Didaché y la I.ª Clementis.

Indudablemente, uno de los caracteres, algo accidental ciertamente, pero importante, de la primitiva literatura cristiana que se agrupa bajo el rótulo, ya consagrado, de *Padres Apostólicos*, es estar dirigida a la propia comunidad cristiana, sin mirar al paganismo circundante. Es, por ende, una literatura de intimidad y ello le presta uno de sus más singulares encantos y le da valor inestimable. Leer la carta de San Ignacio Mártir a San Policarpo, es goce comparable al de haber sorprendido a los dos grandes amigos, grandes obispos y grandes mártires en unos momentos de íntima conversación en su memorable encuentro de Esmirna en los albores del siglo II. Los *Apologistas* del siglo II y III que suceden a los *Padres Apostólicos*, representan la otra vertiente del pensamiento y del sentir de la primitiva Iglesia, la faz que mira decididamente al mundo pagano, que le es hostil, que la persigue con todas sus armas —las del espíritu y las de la fuerza, las legítimas de la discusión y la controversia y las envenenadas de la calumnia y la mentira— y parece satánicamente empeñado en su aniquilamiento. Sin embargo, ninguna comunidad —chica o grande, nacional o religiosa— puede vivir tan absolutamente cerrada en sí misma, tan autárquicamente, como ahora se dice, que pueda olvidar el mundo que la circunda, como a los pulmones el aire, y menos que ninguna la comunidad cristiana, sobre la que resuena siempre con eco vivo el imperativo del Señor de ir a todas las naciones (Mt. 28, 19) y cuya esencial misión y razón misma de ser es la salvación de todos los hombres. Si Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad(I Tim. 2, 4), ¿cómo pudiera cerrarse en sí misma la Iglesia que sigue inmediatamente a la generación apostólica, la que conservaba aún el eco vivo de la palabra de Pedro, Juan o Pablo? Cualquier aspecto que intentemos estudirr en

Universidad Pontificia de Salamanca

la vida de aquella primitiva Iglesia —de tan vivo y perenne interés todos— se nos presentará, pues, en su doble faz, la que mira a la a la vida íntima de la propia comunidad y la que al mundo de afuera se dirige. Ahora, el misterio de la Iglesia —de la primitiva Iglesia, como de la de hoy— está en que su gloria, su vida, su fuerza de expansión viene siempre de dentro, como dentro cantaba el profeta que estaba toda la gloria de la hija del rey [1]. Verdad tan vieja que no valía la pena repetirla; pero tan fundamental que nunca se repetirá bastante, y nada inoportuna como pórtico a este espigueo de ideas sobre la paz que intentamos hacer en dos importantes escritos de la primitiva Iglesia: La *Didaché* y la *I.ª Clementis*.

Sigo creyendo que la *Didaché* nos ofrece la imagen de una viejísima Iglesia apostólica, la de Antioquía, probablemente, por donde pasan y repasan los apóstoles itinerantes, donde hablan profetas inflamados del Espíritu y enseñan maestros inspirados. Es la misma imagen que traza la pluma del autor del libro de los *Hechos*: «Había en la Iglesia de Antioquía profetas y maestros entre los que se contaba a Bernabé y Simón, llamado el Negro, y Lucio, el de Cirene, y Maneén, compañero de infancia de Herodes, y Saulo. Ofreciendo ellos el servicio al Señor y ayunando, dijo el Espíritu Santo: «Separadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los llamo». Entonces, tras el ayuno y la oración, les impusieron las manos y los despacharon. Y ellos, enviados por Espíritu Santo, marcharon a Seleucia»...

Esta página, tan bella y cálida, de los *Hechos* es como un esbozo de la *Didaché*. En la Iglesia de ésta, se lee y se comenta el primer Evangelio, se establece la norma de que todo —oración, limosna, ayuno y acciones todas— se hagan conforme al Evangelio del Señor; este Evangelio es ya un libro, como lo es para San Justino. Pero ¿es éste, argumento suficiente para sacar la *Didaché* del

---

[1] Ps. 44, 14: ***Omnis gloria eius filiae regis ab intus, in fimbriis aureis circumamicta uarietatibus.*** En la nueva versión: ***Tota decora ingreditur filia regis; texturae aureae sunt amictus eius.*** ¡Cuantos siglos habrán de pasar hasta que este clásico latín se cargue de las infinitas resonancias, respondieran o no al original, de la vieja versión latina! Lo que no quiere decir que no merezca todos los plácemes la versión moderna.

Universidad Pontificia de Salamanca

año 90 y llevarla al 150, cuando no al 200 y más adelante? ¿Qué hacer entonces con su patente arcaismo? ¡Se trata de una ficción literaria, que refleja una nostalgia de la Iglesia de comienzos del siglo III por la sencillez primitiva! Non raggionam dilor... ma guarda e passa.

Pensamos, pues, que la voz que nos va a hablar, de la paz ahora, es contemporánea del gran obispo en Roma que habló tan enérgicamente de ella a los disidentes corintios; voz sin nombre, la de la *Didaché* y que, por ello, podemos identificar con la voz de la iglesia misma.

La *Didaché* se abre con la comparación de los dos caminos, de larga tradición literaria —de Hesiodo a Jeremías y de Jeremías al Sermón de la Montaña— [2] y bien pudiéramos identificar el camino de la vida con el de la paz, y el de la muerte con el de la guerra. El primer paso —¡y cuán fundamental!— en el camino de la vida, y de la paz, es el amor de Dios:

«Ante todo, πρῶτον, amarás a Dios que te ha criado...»

¿Y puede ponerse más sólido cimiento a la paz que el amor de Dios, nuestro creador, ya hablemos de aquella íntima paz que es fruto preciado del Espíritu —y en la misma enumeración paulina (Gal. 5, 22) entremezcla sus raíces con la caridad: «El fruto, empero, del Espíritu es caridad, gozo, paz...»—, ya de la paz más hacia fuera con nuestros hermanos, cuya más fuerte atadura será siempre el vínculo de perfección, que es la sobrenatural caridad, y no la vaga y vana y fría filantropía?

Y de hecho, con genuino espíritu evangélico, la *Didaché* enlaza el amor al prójimo con el amor de Dios: «En segundo lugar, (δεύτερον) amarás a tú prójimo como a tí mismo». Los que fantasearon en la *doctrina de los dos caminos* un catecismo judío, barnizado luego de color cristiano para una comunidad apostólica, no vieron que este enlace del primero y segundo mandamiento es algo tan profundo y tan nuevo que sólo podía venir del Evangelio y de la experiencia cristiana. Si compulsamos las referencias que al pasaje

---

[2] Hesíodo, *Erga*, 287-292; Ier. 21, 8; Mt. 7, 13-34. Si la *Didaché* se inspira patentemente en el Sermón de la montaña para su doctrina de perfección, ¿por qué no admitir que también de ahí tomó la comparación de los dos caminos? Para mí la cosa no admite dudas. Lo que sí las admite, e insuperables, es que la *Did.* dependa aquí del pseudo-Barnabas.

Universidad Pontificia de Salamanca

nos ofrecen las ediciones críticas [3], hallaremos que en Dt. 6, 5 se lee: *Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y de toda tu alma y de toda tu fuerza;* y en Lv. 19, 18: *Amarás a tu amigo, como a ti mismo.* Es decir, allí, el amor a Dios sin el amor al prójimo y aquí, el amor al prójimo sin el amor a Dios, y con la enorme limitación de que el prójimo es el amigo. El Evangelio, en cambio (Mt. 22, 37-39) enlaza los dos mandamientos y declara que el segundo es semejante al primero. La *Didaché* está en la pura línea evangélica y aun literariamente depende de *Mt.* 22, 37-39: «El primero y más grande mandamiento es éste: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Y el segundo, semejante al primero: Amarás a tú prójimo como a tí mismo» [4].

La *Didaché* fórmula a renglón seguido el fundamental principio de nuestra relación con el prójimo, verdadero axioma de paz social:

«Y cuanto no quieras que se haga contigo, no lo hagas tú tampoco a otro». *(Did.* 1, 2).

Notemos que la formulación del principio está hecha aquí en forma negativa, cuando el Evangelio (*Mt.* 7, 12; *Lc.* 6, 31) la presenta en forma afirmativa: «Por eso, cuanto quisiereis que los hombres os hagan a vosotros, hacédselo vosotros a ellos, porque ésta es la ley y los profetas». En forma negativa se halla también en *Tobías* 5, 15. Indudablemente, la fórmula evangélica es más generosa, como lo es siempre la afirmación sobre la negación, pero no es la corriente y vulgar— de un principio de ética natural y corriente se trata, al cabo— y el catequista de la *Didaché*, aun insertado en un contexto evangélico, lo da en su forma ordinaria tal como debía de andar— y aun anda— en boca de todos.

«Mas la doctrina de estas palabras es como sigue...» Esas palabras son justamente «la regla de oro» transcrita y que no transcienden de la moral primaria; la doctrina, es decir, la perfección y superación de la moral primaria, está en el Evangelio. En realidad, el intento del *Didachista* es darnos, conforme reza el primitivo título del

---

[3] La de la B. A. C. (*Padres Apostólicos*, Madrid, 1950), ofrece el texto griego de la última edición crítica, la de Funk-Bihlmeyer, aunque sin el aparato crítico.

[4] Cf. E. MASSAUX, *Influence de l' Evangile de saint Matthieu sur la littérature chrétienne avant saint Irénée* (Louvain, 1950), p. 606, ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

catecismo, «la doctrina dada por el Señor a las naciones por medio de los Apóstoles» y, por ende, una doctrina de perfección cristiana y evangélica. De ahí, el importante giro estilístico marcado bien por la particular δέ, y el largo centón del Sermón de la Montaña que a continuación se sigue. Los críticos lo han supuesto ajeno a la primitiva *Didaché* y es cierto que falta en la *uetus uersio* latina [5]; pero debe indudablemente retenerse, dando a la palabra διδαχή el sentido que aquí propongo de «enseñanza de perfección»:

«La doctrina, es decir, la perfección de estas palabrras, es como sigue: *Bendecid a los qua os maldicen, rogad por vuestros enemigos y ayunad por los que os persiguen. Pues ¿qué gracia tiene que améis a los que os aman? ¿No hacen también eso los gentiles? Vasotros, empero, amad a los que os aborrecen* y no tendréis enemigo». Confieso haber dudado del sentido de este leve añadido del *didachista* a las palabras del Evangelio; ahora veo claro se trata de una consecuencia, evidente, por cierto, del cumplimiento de la pertección evangélica, y no de nuevo precepto enunciado por el futuro «tendréis». Que es decir, que quien al propio enemigo ama y por él ruega y ayuna, ¿qué enemigo le queda ya? Y, naturalmente, al no haber enemigo, la guerra ha terminado. Pero, no lo digamos tan de prisa.

«*Si te dan una bofetada en la mejilla derecha, vuelve también la otra*, y serás perfecto. *Si uno te requiere para que vayas con él una milla, ve dos. Si alguien te quitare el manto, dale también la tunica. Si alguien te quita lo tuyo, no se lo reclames*, pues tampoco puedes. (*Did.* I, 3-4).

El problema que plantean estos textos, insertos en el más viejo catecismo cristiano, problema en orden justamente a la paz, es el mismo del Evangelio. Aquí, al igual que en el Evangelio, se habla de odio, de maldiciones, de enemigos, de persecución, de injusticia, es decir, de guerra, cuya raíz, profunda y amarga, es el mal. La solución evangélica es no resistir al mal, no maldecir al que nos maldice, no odiar al que nos odia, no perseguir al que nos persigue, sobrepasar la obligación por la generosidad. Es la solución de la gracia, solución sobrenatural, sobre naturaleza. La misma propone el viejo catecismo de la *Didaché*. La solución de «las naciones», es

---

[5] Reproducida en *Padres Apostólicos* (B. A. C.), p. 95.

Universidad Pontificia de Salamanca

bien conocida y tan antigua como la naturaleza misma: Odiar al que nos odia, guerra al que nos la hace. Un hombre tan representativo del alma ateniense e, indudablemente, una de las más nobles almas de la antigüedad, cuya voz oímos aún por fortuna en sus poemas, el Ateniense Solón, hace esta súplica a las Musas, las espléndidas hijas de Zeus:

«La dicha dadme de parte de los dioses bienhadados, y ante [los hombres
todos siempre gozar de fama buena:
ser de este modo dulce a mis amigos, y a mis enemigos amargo,
que respetable aparezca a los unos, a los otros terrible [6].

Los textos pudieran fácilmente multiplicarse y están en la memoria de cualquier lector de los clásicos griegos. Entre la solución de la gracia—cristiana—y de la pura naturaleza—pagana o bárbara—, hay otra intermedia: la solución del derecho o de la justicia con todos los órganos o instrumentos para su logro. El derecho es ya una superación de la pura naturaleza, solución de civilización, domesticamiento, por las buenas o por las malas, de la fiera humana. La doctrina evangélica y la de este viejo catecismo, primer comentario vivo del Evangelio, es una meta de perfección y santidad —tomada de San Mateo, a quien le es propia, aparece aquí por vez primera en la literatura cristiana la palabra τέλειος «perfecto»— y la santidad es superación no sólo de la pura y bravía naturaleza, sino también de la civilización y cultura, de la justicia y del derecho, productos, al cabo, de la naturaleza. El problema más agudo se plantearía preguntando si cabe la solución evangélica dentro de la vida social humana. Si al lobo le dejamos intacta su apetencia de carne de cordero, una sociedad compuesta de lobos y corderos, no podría ser otra cosa que un opíparo banquete de carne de cordero para la manada de lobos. Mientras el lobo, pues, no se haga cordero, es decir, mientras una sociedad no acepte íntegra y vitalmente el Evangelio, la espada de la justicia tiene que estar constantemente desenvainada, y sólo como aspiración incitante, como meta lejana a que no sabemos si en día remotísimo llegará la humanidad o alguna

---

[6] Cf. *Anthologia Lyrica*, Ed. E. Diehl (Teubner 1936), p. 24.

Universidad Pontificia de Salamanca

porción de ella, se levantará perennemente la exigencia evangélica.

El precepto de la universalidad de la limosna que transcribe la *Didaché* es también estrictamente evangélico: «*A todo el que te pida, dale,* y no se lo reclames, pues a todos quiere el Padre que se les dé de sus propios dones». *(Did.* I, 5; cf. *Mt.* 5, 42; *Lc.* 6, 30).

¿Y si nos pide un granuja o un holgazán? Allá él, nos responde el catequista. El que da es inocente; mas el que recibe sin necesidad, ése sí que tendrá que dar cuenta a Dios por qué y para qué recibió y, metido en la cárcel, no saldrá de allí hasta que pague el último cuadrante. Y sin embargo, el propio catequista recuerda un dicho bien notable del Señor, no conservado en el Evangelio, un ἄγραφον: *Sude tu limosna en tus manos hosta que sepas a quién das.* Es decir, que tampoco la limosna puede ser norma absoluta en un mundo en que hay que contar siempre con el poso de maldad o de miseria humana inextirpable. A todos quiere el Padre que se dé de sus propios dones, nos dice el catequista; pero seguramente no vería él la solución de la paz social en un mero reparto de bienes. La paz es algo más hondo; es un fruto del Espíritu y sólo puede brotar de las entrañas del ser, moralmente renovado.

A la renovación moral del catecúmeno se dirigen las inmediatas instrucciones. Notemos ante todo que este catecúmeno viene del paganismo y había que inculcarle y meterle en el alma que, recibido el bautismo, entre él y el mundo pagano, habrá de levantarse como muralla infranqueable la más exigente moral cristiana. Son vicios gruesos, pecados enormes los que el c. II va enumerando; pero, en realidad, eran ambiente, aire mismo que respiraba el mundo pagano. Como comentario o explanación que son del segundo mandamiento de la *Didaché,* todos son atentados contra el prójimo. La enumeración termina con este interesante precepto:

«No aborrecerás a ningún hombre, sino que a unos los reprenderás, a otros los compadecerás; por unos rogarás; a otros amarás más que a tu propia alma». *(Did.* II, 7).

No pidamos a los textos más de lo que ellos de suyo nos dan. El amor por encima de la propia alma, es decir, por encima de la propia vida, se restringe indudablemente a los miembros de la comunidad cristiana, a los hermanos en la fe; pero el odio se elimina en absoluto. Y, por lo demás, la corrección, la compasión, la oración por quienes no pueden aún ser amados por encima de la propia vida, son ya formas—y muy excelentes—de caridad. El c. III

Universidad Pontificia de Salamanca

inicia un perceptible progreso en la instrucción del catecúmeno, señalado por el tono mismo de intimidad que adquiere la exhortación del catequista, que la inicia repetidamente por las palabras: «Hijo mío». Aun se trata de una serie de recomendaciones negativas, comprendidas en la primera y universal: «Hijo mío, huye de todo mal y de todo cuanto se asemeja al mal»; pero esas negaciones avanzan hacia dos fundamentales afirmaciones y actitudes, específicamente cristianas, veneros de paz interna y de externa concordia: la mansedumbre y la humildad y la aceptación, como un bíen, de todo acaecimiento de la vida. Algunas de estas recomendaciones merecen atención particular para el objeto de nuestras consideraciones. He aquí la primera:

«No seas iracundo, pues la ira conduce al homicidio; ni envidioso, ni pendenciero, ni arrebatado, pues de todas estas cosas se engendran homicidios». Creo interesante un análisis del vocabulario: ὀργίλος, «el que se deja arrebatar de la ὀργή», pasión violenta que puede llevar al homicidio. «Los ὀργίλοι —dice Aristóteles *(Eth. Nic.* 4, 11), se irritan pronto, contra quienes no deben, por lo que no deben y más de lo que deben»; ζηλωτής «el que se deja dominar del ζῆλος, la palabra que San Clemente Romano liga con φθόνος, clásica para la idea de «envidia»; ἐριστικός, el que se deja dominar de la ἔρις, palabra y concepto también importante en San Clemente Romano y de muy remota historia en la lengua griega. La *Iliada* se abre con la sabida invocación a la Musa: Μῆνιν ἄειδε, θεά... La μῆνις es el rencor, saña, despecho, como el que Aquiles guarda implacablemente por el ultraje que le infiriera Agamemnón; pero tiene su raíz en la ἔρις, y así lo atestigua el poeta mismo: ἐξ οὗ δὴ τὰ πρῶτα διαστήτην ἐρίσαντε Ἀτρεΐδης τε ἄναξ ἀνδρῶν καὶ δῖος Ἀχιλλεύς (A 6-7).

La ἔρις, que no es de suyo discordia, concepto más bien negativo, sino ambición, rivalidad, emulación, contienda, *studium laudis*, es pasión noble y, según Hesíodo, «el hijo de Cronos, el que levanta la balanza y habita en el éter, la puso en las raíces de la tierra» [7], es decir, en las entrañas mismas de la naturaleza humana. Sin ἔρις, sin ambición, sin emulación, sin aspiración a superarse a sí mismo y a los demás, no se concibe perfección ni progreso posible. Ser el mejor, campear sobre los otros era cifra del ideal del

---

[7] HESIODO, *Erga* 18-19.

Universidad Pontificia de Salamanca

héroe homérico y el verso inmortal, verdadero lema de educación y conducta caballeresca: *ἀιὲν ἀριστεύειν καὶ ὑπείροχον ἔμμεναι ἄλλων* es puesto por el poeta en boca del padre de Glauco, caudillo licio, y también en boca de Peleo, que se lo encarece a su hijo Aquiles, el más alto héroe homérico, al que mirará más tarde con envidia el más grande ambicioso de la Historia, Alejandro Magno. Al cristiano, sin embargo, se le dice en la *Didaché* que no sea ἐριστικός, que venza y domine la ἔρις. P es que una noble pasión puede también rebajarse y lo que pudo ser generosa emulación venir a vulgar resentimiento. El mismo Peleo le inculcaba a su hijo Aquiles moderación en su ambición de gloria, en su ingénita ἔρις *(Il.* IX, 254 ss.). Moderación, sí; pero una paz fundada en la muerte total de la ἔρις nos sumiría en la modorra y el perenne bostezo.

Finalmente, tampoco ha de ser el cristiano θυμικός que traduciríamos bien por «colérico» («acalorado» que dí en mis *Padres Apostólicos*, p. 80, peca de vaguedad). θυμός, etimológicamente relacionado con *fumus*, no con θύω «irruo», es el arrebato de cólera, por oposición a la ὀργή y, sobre todo a la μῆνις homérica, que es la *ira memor (memorem Iunonis ob iram)*, el «rencor» que en la *Didaché* es la μνησικακία: «No serás rencoroso»: οὐ μνησικακήσεις (II, 2). Tenemos, pues, una serie de vocablos, de sentido pasional, de estados o arrebatos de pasión incompatibles de todo punto con la paz. No menos interesante es este otro precepto:

«Hijo mío, no seas murmurador, porque la murmuración conduce a la blasfemia; ni arrogante, ni de mente perversa, pues de todas estas cosas se engendran blasfemias» (*Did.* III, 6).

Sin duda se ataca aquí una raíz mucho más profunda de interior perturbación que la producida por un arrebato de ira. El γόγγυσος, el αὐθάδης, el πονηρόφρων termina en flasfemo; se revuelve, pues, contra Dios. Este «murmurador» de la *Didachá* no es el vulgar malalengua que se queja de todo; es el que no acepta el orden de la Providencia y de ahí que esa murmuración desemboque en blasfemia. El αὐθάδης es el soberbio, el arrogante, el que se complace en sí mismo (αὐτός, ἀδ, ἀνδάνω) y, constituyéndose centro del universo, se revela también contra Dios que le impone su ley y límites. El πονηρόφρων no se sabe bien lo que es, pues la palabra no tiene tradición clásica (Bailly no la consigna) ni, a lo que se me alcanza, tampoco patrística (el *Index Apologeticus* de Goodspeed tampoco

Universidad Pontificia de Salamanca

la registra). Yo la traduje materialmente por «de mente perversa», lo que habrá de interpretarse en función del γόγγυσος y del αὐθάδης, «el que mira mal el orden divino de las cosas».

Dos preceptos positivos se oponen claramente a las prohibiciones transcritas: «Sé, empero, manso, *porque los mansos heredarán la tierra* (cf. *Mt.* 5, 5). Sé paciente y misericordioso y sincero, y tranquilo y bueno y temeroso, en todo tiempo, de las palabras que oíste. No te exaltarás a ti mismo ni consentirás a tu alma temeridad. No se juntará tu alma con los altivos, sino que conversarás con los justos y los humildes». *(Did.* III, 7-6). Toda una serie de virtudes específicamente cristianas, manantiales de paz. Y ahora, frente a las blasfemias de los soberbios:

«Recibirás como bienes los acaecimientos que te sobrevengan, sabiendo que sin la disposición de Dios nada sucede». *(Did.* III, 10).

Este catequista, que conoce bien el Evangelio de San Mateo, no tiene alma poética, como la tenía, en no igualado grado, el Maestro divino. De otro modo, aquí hubieran acudido a su mente las bellas imágencs con que Jesús exorna su enseñanza del acatamiento a las ordenaciones de la Providencia: Ni el pajarillo cae en tierra, ni la hoja del árbol ni el cabello de nuestra cabeza—contados que están uno a uno por El—sin la voluntad de nuestro Padre del cielo; pero poética o prosáicamente expresada, la doctrina es de raíz genuinamente evangélica y su fruto, sabroso y nutricio, es la paz.

Dentro ya de la comunidad cristiana, la evitación de toda escisión y fomento de la paz es objeto de particular recomendación:

«No fomentará escisión, sino que tratarás de poner paz entre los que se combaten». *(Did.* IV, 3).

Es la vez primera que aparece en la *Didaché* la palabra «paz», siquiera se englobe en el verbo εἰρηνεύω, usado ahí, por cierto, en forma activa en el sentido de «poner paz», «pacificar», de que sólo hay algún que otro ejemplo de la época imperial. Otra palabra notable de este precepto es σχίσμα, que no tiene aún el grave sentido que adquirirá posteriormente, cuando las escisiones son desgarraduras sin remedio. Ahí se trata de meras disensiones que pudieran ser puramente de maneras de pensar. Pues ni aun estas debe fomentar el cristianno. Semánticamente notemos que de σχίσμα viene nuestro «chisme», cisma menudo o siembra suya mala, corrosivo terrible de la paz, enfermedad específica de la vida de comunidad.

Universidad Pontificia de Salamanca

(¿Y qué vida no lo es? En comunidad vive el más fiero estilita o Carlos de Foucauld, en el último rincón del Sahara).

Dentro de la vida de comunidad, pues de seres humanos se trata, la *Didaché* da por supuesto que habrá materia de juicio y reprensión:

«Juzgarás justamente; no tendrás en cuenta la persona para reprender los pecados». *(Did.* IV, 3),

Se vuelve al tema y mandato de la limosna, ahora, naturalmente, entre hermanos en la fe:

«No seas de los que encogen la mano para dar y la extienden para recibir. Si tienes del trabajo de tus manos, da como rescate por tus pecados.

No vacilarás en dar ni murmurarás mientras das, pues has de saber quién es el buen recompensador de tu limosna. No rechazarás al necesitado, sino que comunicarás en todo con tu hermano y de nada dirás que es tuyo propio. Porque si os comunicáis en los bienes inmortales, ¿cuánto más en los mortales?» *(Did.* IV, 5-8).

Texto, este último, bien notable, pues en él se esboza una especie de comunidad de bienes, que nos recuerda el cuadro de la Iglesia de Jerusalén bajo la efervescencia de Pentecostés y dominada quizá por la expectación del fin de las cosas. Pero guardémonos de sacar las cosas de quicio y aplicar conceptos modernos a situaciones históricas de fondo muy distinto. Ni la Iglesia de Jerusalén ni ésta de la *Didaché* supieron nada de comunismo. En la Iglesia de Jerusalén «no había indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o campos los vendían y llevaban el precio de lo vendido y lo depositaban a los pies de los Apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad». (Act. 4, 34). Y se cita luego, como caso de edificación, el ejemplo de Bernabé que vendió su campo y entregó el precio a los Apóstoles para las necesidades de la comunidad. Aquí, en la *Didaché*, hay necesitados y sólo se manda que no se aparte la vista ni se cierre la mano ante ellos. En uno y otro caso, es la caridad y no la eliminación de la propiedad la que inspira la comunidad de bienes, y la *Didaché*, señaladamente, da una bella y profunda razón para ella: La comunidad de bienes sobrenaturales justifica y manda la de bienes terrenos. Nada menos, pues, que la comunión de los santos debiera ser principio del comunismo cristiano, el comunismo de la caridad. Camino de paz que, por lo menos la sociedad cristiana, debiera comprender.

Universidad Pontificia de Salamanca

También en la vida familiar hay que asegurar la paz; paz social, indudablemente, pues de la sociedad nuclear, que es la familia, se trata. El cuadro que nos traza la *Didaché* de la familia cristiana compuesta de padres, hijos y siervos, fué más de una vez esbozado por el apóstol San Pablo (Eph. 6, 1, ss.; Col. 3, 18, ss.); pero ni al Apóstol ni al *didachista* le pasa por las mientes trastornar el orden estatuído y proclamar una revolución socíal. El siervo, aun cristíano, sigue siervo, y el amo, amo. Y, sin embargo, lo mismo el Apóstol que el catequista, su continuador, sientan no sólo el principio de la paz, sino de la revolución más honda y duradera. Sobre el amo y sobre el siervo está Díos, en quien amo y siervo esperan: igualdad de fe, de esperanza y de caridad, más alta y más enaltecedora que la pobre *égalité* zoológica de los modernos revolucionarios. El amo no debe mandar a su esclavo o esclava ἐν πικρίᾳ, con acritud, con aspereza, sino con dulzura, con mansedumbre (a πικρός «amargo» se opone γλυκύς «dulce»). Porque hay un hecho capital: El Señor, el Dios en quien amos y siervos esperan, no vino a llamar a los amos y postergar a los criados, sino a cualquiera recibe su Espíritu. Ni amos, pues, ni criados: sólo cristianos. Pero el cristiano que es socialmente amo tiene sus deberes y el cristiano que es siervo, los tiene también. Ante Dios, quien mejor los cumpla recibirá más alta recompensa. Aquí también, la paz entre el que manda y el que obedece se obtendrá por un principio sobrenntural. El amo ha de mandar a su siervo mirando a Dios; el siervo a de obdecer a su amo «como a imagen de Dios». Puro eco de la doctrina paulina, senda derecha de paz. Lo trágico es que el mundo —el de los amos y el de los criados—perdido el sentido de lo divino, se ha alejado inconmensurablemente de ella.

El camino de la muerte, indicamos más arriba, puede identificarse con la guerra. El catequista lo resume en un solo capítulo que evoca, por su fondo indudablemente, el terrible cuadro que San Pablo, con punzón sangrante, traza del mundo pagano *(Rom.* 1, 24 ss.). El catequista mira aquí, como miró ya en anteriores recomendaciones, al mismo mundo pagano por el que pasó con horror San Pablo y que cincundaba, como un un aire de miasmas, a la comunidad cristiana. Literariamente, se trata de una enumeración de pecados y pecadores, muy inferior a la de San Pablo que, en su misma brusquedad estilística, nos hace sentir el hervor de lava de su alma candente; sin embargo, con un poco de fantasía, ahí pode-

Universidad Pontificia de Salamanca

mos ver como un desfile del ejército del mal en la gigantesca *psicomaquia* del paganismo en sus peores momentos, baldón y oprobio de la naturaleza humana. «¡Que de todo eso, hijos, os veáis libres!», exclama el catequista. Y a esa liberación venía el cristianismo.

Si éste hubiera sido sólo, como a la mente de algunos paganos se presentaba, y como algunos modernos, paganos también, quisieran que fuera, una filosofía ética, menguado remedio hubiera ofrecido a las hondas llagas humanas de entonces y de siempre. La *Didaché* y aun el Evangelio, pueden dirigirme su imperativo, como pudiera digírmelo Epicteto: «Sé manso». Muy bien; pero ¿quién domestica la fiera que lleva el hombre dentro? Pero el crístianismo es, ante todo y sobre todo, una religión, es decir, una economía o administración de la gracia de Dios, la superadora de la naturaleza. Lo que interesa, pues, a este viejo e innominado catequista, como debe interesar a cualquier otro, es llevar las almas a los sacramentos, fuentes de la gracia y hontonar, por ende, de la sola verdadera paz. Y junto con los sacramentos, la oración y lo que en la mentalidad y uso primitivo formaba unidad con la oración, el ayuno. Ni bautismo, ni oración, ni ayuno nos detendrán en este momento; sí, la Eucaristía, verdadero centro de la *Didaché,* como lo era de la vida de la primitiva Iglesia y lo es de la Iglesia de siempre. ¡Qué gozo hallar en estas remotísimas fechas, cuando el consagrante podía ser Juan Evangelista, la Eucaristía como sacramento de paz!

Releamos las bellas efusiones de acción de gracias sobre el cáliz y el pan:

«Como este fragmento estaba disperso sobre los montes
y reunido se hizo uno,
así sea reunida tu Iglesia
de los confines de la tierra en tu reino.
Porque tuya es la gloria y el poder
por Jesucristo eternamente» *(Did.* IX, 4).

La plegaria tiene sentido escatológico: sólo «en el reino de Dios» tendrá plena realización la unidad y, por ende, la paz de la Iglesia; pero, ya desde ahora, el pan eucarístico es símbolo de unidad. Símbolo y realidad; pues si él es uno hecho de muchos, al comerle muchos nos hacemos uno en el principio de unidad y paz que es Jesús. Así lo sentía el gran amador de la unidad y de la paz, San Pablo, a quien tal vez tenía presente el autor de la *Didaché*:

Universidad Pontificia de Salamanca

«El cáliz de la bendición que bendecimos ¿acaso no es comunidad de la sangre de Cristo? El pan que partimos ¿no es comunidad del cuerpo de Cristo? Porque un solo pan, un solo cuerpo somos muchos. Porque todos participamos de un solo pan». (I *Cor.* 10, 17-17).

Otra oración que he calificado de postcomunión, traspira el mismo maravilloso anhelo por la unidad de la Iglesia:

«Acuérdate, Señor, de tu Iglesia,
para librarla de todo mal,
y haceria perfecta en tu amor,
y reúnela de los cuatro vientos, santificada,
en el reino tuyo que le has preparado,
porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos».
(*Did.* X, 5.).

Otro texto, bien notable, podemos alegar referente a la Eucaristía, en que ésta es también centro de la vida de la Iglesia, de su unidad y de su paz.

«Cada dia del Señor, reunidos que fuereis, romped el pan y dad gracias, después de confesados vuestros pecados, a fin de que vuestro sacrificio sea puro.

Todo aquel, empero, que tenga una diferencia con su cempañero, no se junte con vosotros hasta tanto no se hayan reconciliado, a fin de que no se profane vuestro sacrificio: Porque éste es el sacrificio del que dijo el Señor: *En todo lugar y en todo tiempo, se me ofrece un sacrificio puro, porque yo soy rey grande, dice el Señor*, y *mi nombre es admirable entre las naciones* (*Mal.* 1, 11, 14).

A la verdad, cada palabra es aquí un documento de alto precio. Notemos sólo algunas. Συναχθέντες, usado aquí por vez primera en la literatura cristiana para la reunión dominical y celebración eucarística preludia la σύναξις, palabra no clásica, creación de la lengua cristiana para indicar justamente la celebración de la Eucuristía. El paso semántico es bien notable: Del sentido primero de reunión (συνάγω, συναγωγή) se pasa al acto esencial de la reunión. También ἐκκλησία significa «reunión» y ese sentido material tiene aún en un pasaje de la *Didaché*, que es preciso citar ahora:

«En la reunión de los fieles (ἐν ἐκκλησίᾳ), confesarás tus pecados y no te acercarás a tu oración con conciencia mala» (*Did.* IV, 14).

Ahora bien, una mera reunión no forma la Iglesia; la Iglesia es

Universidad Pontificia de Salamanca

justamente la σύναξις, la reunión para la celebración eucarística. Un grupo de mártires africanos sintió y expresó bien esta identificación. Sorprendidos en la colonia de Abitinas (localidad no identificada, probablemente de la Proconsular), en casa de Octavio Félix *celebrantes ex more Dominicum,* en un momento del interrogatorio les dice el procónsul Anulino:

—Espero que habéis de elegir y obedecer las órdenes imperiales, si queréis salvar la vida.

Y los confesores del Señor, invictos mártires de Cristo, como por una sola boca, respondieron:

—Nosotros somos cristianos y no podemos guardar otra ley que la ley santa del Señor, hasta el derramamiento de nuestra sangre. Herido por esta palabra, el enemigo le dijo a Félix:

—No te pregunto si eres cristiano, sino si has celebrado la reunión *(an collectam feceris)* o tienes en tu poder Escrituras.

Y viene ahora el comentario del redactor de estas patéticas *Actas*:

«¡Necia y ridícula pregunta del juez! si eres —le dice— cristiano, cállatelo; pero dime —añade— si asististe a la reunión. Como si el cristiano pudiera pasar sin celebrar el misterio del Señor o el misterio del Señor pudiera celebrarse por otro que por el cristiano» [8].

El misterio de la paz, la Eucaristía, tendrá que celebrarse en paz con Dios y con los hombres. Ante todo, ningún pagano podrá tomar parte en él:

«Que nadie, empero, coma ni beba de vuestra Eucaristía, sino los bautizados en el nombre del Señor, pues acerca de ello dijo el Señor: *No deis lo santo a los perros.* (*Mt.* 7, 6). (*Did.* IX, 5).

Y toda la maravillosa parte de la *Didaché*, dedicada a la Eucaristía, se cierra con este anhelo y recomendación:

«Que venga la gracia y pase este mundo. El que sea santo que se acerque. El que no lo sea, que haga penitencia, *Maran athá:* Ven, Señor. Amén» *(Did.* X, 6).

El santo es el cristiano —por el mero hecho de serlo—; el que debe hacer penitencia —μετάνοια— es el pagano: es decir, que se haga cristiano.

---

[8] Cf. *Actas de los Mártires* ed. de la B. A. C. (Madrid, 1951), p. 986: ***Quasi chistianus sine Dominico esse possit, aut Dominicum sine chistiano celebrari.*** Evidentemente, *Dominicum* designa la Eucaristía.

Universidad Pontificia de Salamanca

Mas el cristiano, santificado por el bautismo, no es impecable. A la Eucaristía, sin embargo, no puede acercarse en pecado, ni siquiera con el leve pecado de una diferencia, de una ἀμφιβολία con su compañero. La confesión, pues, de los pecados o la reconciliación con el hermano debe preceder a la participación eucarística, que es sacrificio puro y se profanaría celebrado en pecado o disensión. La exigencia de la reconciliación antes de ofrecer el sacrificio (θυσία) de la Eucaristía, se la sugiere indudablemente al *didachista* el pasaje evangélico de *Mt.* 5, 23-24: «Si, pues, ofreces tu ofrenda sobre el altar y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y marcha primero y reconcíliate con tu hermano y luego vuelve y ofrece tu ofrenda».

Puédese aquí afirmar un contacto literario: la situación o contexto es semejante en *Mt.* y *Did.*; el verbo διαλλάσσω (διαλλάγηθι en *Mt.* 5, 24; διαλλαγῶσιν en *Did.* XIV, 2) es peculiar a *Mt.* y no tiene otro ejemplo en el N. T. [9].

Todo esto, a la verdad, es bien sabido del cristiano del siglo XX; lo maravilloso es que se lo podamos recordar glosando unos textos catequísticos de finales del siglo I. Realmente, la *Didaché* merecería ser un libro popular. La Iglesia de la *Didaché* está jerárquicamente poco desarrollada (y si ella fuera la de Antioquía, ¡qué absurdo ponerla después del año 107, cuando San Ignacio Mártir nos dará el más espléndido testimonio de una jerarquía tan sólidamente trabada en sus tres grados de obispo, presbíteros y diáconos!). Sólo al final y en relación justamente con la Eucaristía, se nos habla de la elección de «inspectores y ministros», es decir, de obispos y diáconos, hombres que han de ser «mansos, desprendidos del dinero, verdaderos y probados», cualidades todas que miran al gobierno de la comunidad. No son ellos, sin embargo, los que campean en esta Iglesia de rancio arcaismo, sino los personajes carismáticos, órganos inmediatos del Espíritu, que hablan, obran, enseñan por inmediato impulso suyo, los que han inflamado sin duda muchas veces el fervor de los fieles y fueron, quizá, los fundadores de la Iglesia misma. (Un hombre carismático, profeta sin duda, me inclinaría yo a pensar fué también redactor de la misma *Didaché).*

Son los apóstoles, profetas y doctores que adquieren aquí un relieve que no vuelven a tener ya en ningún otro escrito posterior,

---

[9] E. MASSAUX, o. c. p. 618 s.

Universidad Pontificia de Salamanca

pues su acción se irá paulatinamente amortiguando, conforme la jerarquía, sólidamente establecida, absorba las funciones de estos hombres, hasta no quedar rastro de su influjo antaño preponderante. Las relaciones de la comunidad con estos personajes extraordinarios se regulan discretamente, se dan, con certero tino, las señales del verdadero apóstol y del traficante de Cristo (χριστέμπορος, bella palabra para la más fea cosa). Lo mismo se diga del simple transeunte. Si viene en nombre del Señor, es decir, confesándose cristiano, hay que recibirle; pero luego habrá que examinarle por su diestra y siniestra. Habrá que socorrerle; pero sólo hasta cierto límite. Si quiere establecerse en la comunidad, que trabaje, pues no puede consentirse haya cristiano ocioso *(Did.* XII, 4). Si, como más de un texto lo dejan suponer, la Iglesia primitiva está dominada por la espectación de la próxima *Parusia,* ésta de la *Didaché* que sin duda también lo está, no por ello pierde su contacto con la realidad terrena y el más discreto y menudo ordenamiento de la vida.

Léase una vez más ese c. XIII, en que se regula el mantenimienta de profetas y maestros, y habrá de confesarse que ese cuadro tan lleno de terrenas y caseras realidades—lagares y eras, bueyes y ovejas, cántaras de aceite o vino, dinero y ropas—es lo menos escatalógico que cabe imaginar. Bien pudiéramos juzgar que este catequista no es un exaltado de la *parusía* y sabe—o adivina—que la paz, fruto del espíritu, ahinca sus raíces en la tierra, en la humilde tierra que nos sustenta, en el doble sentido de sostenernos y de alimentarnos. Y que él mire la paz como el sumo bien de la comunidad, bien lo demuestra en este precepto, que es el último de la *Didaché:* «Reprendeos los unos a los otros, no con ira, sino con paz, como lo tenéis en el Evangelio; y a todo el que se enemista con otro, nadie le hable, ni oiga palabra vuestra hasta que se arrepienta». *(Did.* XV. 3).

Es una especie de excomunión. Respecto al vocabulario, punto siempre de tan vivo interés, notemos que ἀστοχέω [10], usado aquí por el *didachista,* parece un eufemismo, pues el verbo de suyo significa sólo «desviación», apartarse del blanco o meta (στόχος); sin embargo, la preposición κατά nos asegura el sentido de enemistad.

---

[10] En el N. T. el verbo está limitado a las *Pastorales*: I Tim. 1, 6; 6, 21; 2 Tim. 2, 18 y se acompaña de περὶ, como en Polibio 3, 21.

Universidad Pontificia de Salamanca

Ejemplo interesante de cómo la idea determina a la preposición, aun contrariando el sentido primero del verbo.

Aun hallamos en el último capítulo de la *Didaché* una postrera recomendación a la reunión frecuente, como si el mero acercamiento de los cuerpos fuera principio—y no hay duda que lo es—de unión de las almas. La obrita se termina con la visión apocalíptica de los últimos tiempos. No interesa para nuestro intento. En conjunto, pues, la «Doctrina del Señor a las naciones por medio de los doce Apóstoles», el más viejo catecismo que haya existido, con resonancias vivas y cercanas de la voz misma de Jesús y de los Apóstoles, representa una ascensión hacia la paz. Sus dos caminos, de la vida y de la muerte, de las tinieblas y de la luz, como interpreta el pseudo-Barnabas, de la virtud y del pecado, como nos lo explica el *didachista* mismo, son los caminos que llevan derechamente a la paz o a la guerra, dentro del hombre mismo y fuera de él, en lo individual y en lo social. La vida sacramental—bautismo, confesión, eucaristía—nutren sobrenaturalmente la paz íntima y la irradian en la comunidad. Dentro de la vida de comunidad, las virtudes evangélicas la sostienen. El Evangelio es el alma de esta vieja Iglesia de la Didaché:

»Vuestras oraciones, vuestras limosnas y todas vuestras acciones, así hacedlas como lo tenéis en el Evangelio de nuestro Señor». *(Did.* XV, 4).

No hacía falta más para establecer el Imperio de la paz. Sólo que del mandato a su cumplimieuto, hay gran trecho. Veneremos, por lo menos, la antigüedad de la voz que nos lo trasmite.

De la Iglesia de la *Didaché*, que realmente no sabemos dónde situar, pasamos no menos que a la de Roma y en vez de la voz de un catequista innominado vamos a oír la del primer gran Pontífice, después de San Pedro, cuya palabra se nos ha conservado en su viva y apasionada vibración en un documento de indiscutida autenticidad. La carta de San Clemente romano a los corintios, escrita para poner paz en una comunidad escindida por la sedición y bandería, es una magna homilía pontifical sebre el bien de la paz y, en algún paso ds ella, un esbozo de *regimine principum*.

Por los años 95-96, cuando la Iglesia de Roma está aún bajo el terror del sombrío y sanguinario Domiciano o acababa apenas de salir de él a la muerte del tirano, llegan las peores noticias de Co-

Universidad Pontificia de Salamanca

rinto, la antigua y gloriosa Iglesia apostólica: Una sedición había estallado dentro de la comunidad cristiana, promovida por la ambición de unos cuantos sujetos, temerarios y arrogantes; sedición que el obispo romano califica inmediatamente de «estraña y ajena a los elegidos de Dios, abominable e impía.» Por ella, el antes venerable, celebrado y por todos los hombres digno ser amado nombre de la Iglesia de Corinto había sido gravemente ultrajado. ¡Qué floración de virtudes en los días de paz! Sin duda el cuadro trazado por la pluma complaciente del obispo de Roma tiene algo de *captatio benevolentiae*, de ley en todo comienzo epistolar, más que más si luego ha de seguir una larga reprimenda; pero si no todo era realidad en Corinto, indudablemeute era ideal a que tendía el cabeza de la comunidad de Roma. Como quiera, en tierra así, sobrenaturalmente labrada, la paz tenía que germinar con pululante cortejo de bienes divinos. El obispo de Roma lo atestigua:

«De esta manera os fué concedida a todos paz profunda y radiante, junto con insaciable deseo de bien obrar y sobre todos venía plena efusión del Espíritu Santo... Erais sencillos y sinceros y no sabíais de rencor de unos con otros. Toda sedición y toda escisión era para vosotros cosa abominable. Os dolíais, de los pecados de los demás y juzgabais sus faltas como propias... (Clem. II, 2, 5, 6). El exceso de prosperidad trajo el trastorno y el cuadro cambia de pronto totalmente:

«Dióseos toda gloria y dilatación y vino a cumplirse lo que está escrito: *Comió* y *bebió y se dilató y se engordó y recalcitró el amado (Dt.* 32, 15). De ahí, odio y envidia, contienda y sedición, persecución y desorden, guerra y cautividad».

«Así se levantaron los sin honor contra los honrados, los sin gloria, contra los gloriosos, los insensatos contra los prudentes, los jóvenes contra los ancianos. La justicia y la paz han huído lejos de vosotros por haber abandonado el temor de Dios, haber dejado debilitarse los ojos de la fe en El, y no caminar ya en las ordenaciones de sus mandamientos ni llevar conducta conforme a Cristo, sino que cada uno echó por las sendas y veredas de los deseos de su corazón perverso, concebido que había aquella injusta e impía envidia, *por la que también la muerte entró en el mundo*» (*Sap.* 2, 24), (I *Clem.* III, 1-4).

He ahí nítidamente planteado el tema central de la magna epístola. Se ha perdido la paz en una gloriosa comunidad cristiana. El

Universidad Pontificia de Salamanca

obispo de Roma cala hondo y ve que la raíz de la escisión está justamente en el abandono del temor de Dios, en el debilitamiento de los ojos de la fe, en el decaimiento de aquella magnífica vida cristiana que antaño floreciera en Corinto. Los que ven en la carta de San Clemente antes una decisión jurídica que una larga y férvida homilia, predicada a distancia, olvidan que la paz no se devuelve por decreto. Es indudable que el obispo de Roma se siente depositario de una autoridad que puede actuar jurídicamente sobre los sediciosos de Corinto y en la misma carta hay pruebas bastantes de ello; pero lo que importa no es hacer alarde de autoridad, sino hallar la senda secreta por donde se penetra a lo hondo de las almas, de donde manan paz y guerra. La escisión nació de *ζῆλος καὶ φθόνος*, palabras que, emparejadas así, o con algún sinónimo para variación estilística o sueltas una u otra, son clave de los c. III-VI, y aun de toda la carta de San Clemente. Toda esa serie de palabras indican un estado de ánimo en que entra la envidia, el resentimiento, el rencor, la ambición (*ἔρις*) y son como los explosivos de la sedición, del tumulto y de la guerra (*στάσις, ἀκαταστασία, πόλεμος*) [11]. Su repetición es un procedimiento de la diatriba o predicación cínica del siglo I de nuestra era. «La convicción—nota Sanders—de la inteligencia debía resultar de la repetición de una misma idea». También pertenece a la diatriba contemporánea del obispo de Roma, el desarrollo de una serie de ejemplos en apoyo de una enseñanza moral. Y pues la raíz de la sedición fué la envidia, el resentimiento y la ambición, contra ella se dirige el primer ataque del obispo, que hace desfilar los males por ella producidos desde el asesinato de Abel hasta la muerte misma o martirio de los Apóstoles Pedro y Pablo. Pedro sufre y muere *διὰ ζῆλον ἄδικον*; Pablo, *διὰ ζῆλον καὶ ἔριν*. No entremos ahora en la cuestión debatida sobre el alcance exacto de este «odio inícuo», del «odio y rivalidad», de que son víctimas los dos grandes Apóstoles, «columnas» de la Iglesia, como los llama Clemente; pero sí digamos que referir esas rivalidades a los dos partidos de «petrinos» y «paulinos» en que se imagina dividida la cristiandad primitiva, es pura construcción fan-

---

[11] Cf. L. SANDERS, *L' Helenisme de Saint Clement. de Rome et le Paulinisme*, p. 4.

Universidad Pontificia de Salamanca

tástica [12]. Sin embargo, la Iglesia de Roma tuvo un momento también de disensión íntima, viniera de donde viniera y su resultado fué trágico, y ello explica bien por qué San Clemente recuerda este ejemplo a la escindida comunidad corintia y a fe que hubo de hacerlo con amargo recuerdo.

La penitencia, la μετάνοια, «cambio de sentir y de obrar», «conversión», es camino de vuelta hacia la paz y, pues la sedición ha sido un grave pecado, sólo por la penitencia se puede volver a la paz. En el estilo siempre de la *diatriba*, Clemente recuerda una serie de célebres ejemplos de penitencia y concluye:

«Por tanto, obedezcamos a su magnífico y glorioso designio y, acudiendo como suplicantes a su compasión y benignidad, prostérnémonos y convirtámonos a sus misericordias, dando de mano a todo vano afán, a toda contienda y a la envidia que conduce a la muerte. *(Clem.* IX, 1).

La eliminación de la envidia, contienda y rivalidad representa sólo un aspecto negativo para el establecimiento de la paz. El núcleo de la carta es una férvida exhortación a las virtudes más específicamente cristianas y más específicamente, si cabe así decirse, pacificadoras. La obediencia, ante todo, cuyo primer modelo citado por Clemente es Enoc «hallado justo en la obediencia»; luego Noé «por quien salvó el Señor a los animales que entraron con él en concordia dentro del arca». Tan obsesionado escribe el obispo romano por la idea de concordia que se la atribuye a los animales. Ejemplo eminente de obediencia fué Abrahán, a cuyo elogio se dedica todo el c. X. Lot se salva por su hospitalidad y piedad; pero su mujer, que era «de otro sentir y no estaba en concordia con él», fué convertida en estatua de sal hasta el día de hoy, para que a todos sea notorio cómo los que vacilan y dudan acerca del poder de Dios, vendrán a convertirse en juicio y escarmiento para todas las generaciones (I *Clem.* XI). La palabra δίψυχοι que aquí nos sale muy

---

[12] La teoría es de O. CULMANN, *Les Causes de la mort de Pierre* et *de Paul d'aprés le temoinage de Clément Romain* en «Rev. de hist. et de Philos. relig.» 10 (1930), p. 298-300. Cf. *Padres Apostólicos* (B. A. C. 19[5]0) p. 112, y J. LEBRETON, *L'Eglise primitive* (París, 1941) p. 290 s., en «Histoire de L'Eglise» t. I de FLICHE-MARTIN, donde el elemento de disensión en la Iglesia de Roma se atribuye, con más probabilidad, a los judaizantes.

Universidad Pontificia de Salamanca

al paso y que llena el *Pastor* de Hermas, apunta a otra fuente de turbación, ésta no tanto externa cuanto íntima, que no dejó de aquejar a la primitiva Iglesia: la διψυχία, la escisión de la propia alma por la duda. (También lat. *dubium* «duda» implica dualidad, formado precisamente de du-, como du-plex; cf. zwei-feln). Ya en la *D idaché* se da este mandato: «No dudarás si será o no será». No se nos dice qué. Yo pienso que había en aquellos primeros tiempos de temblor escatológico quienes se echaban a la espalda todo lo referente al próximo fin del mundo, como nos echamos hoy otros cuanto se nos profetiza de otras proximidades. En el c. XXIII, si bien se habla contra toda duda y se opone la *dipsychia* a la ἁπλῇ διανοίᾳ, «a la mente sencilla», se cita sin embargo un pasaje de *Is.* y *Mal.* que parece tener —o se lo da San Clemente— sentido escatológico: *Pronto vendrá y no tardará; y repentinamente vendrá el Señor a su templo y el Santo a quien vosotross esperáis (Is.* 14, 1, *Mal.* 3, 1). Desde luego, ni aquí ni en el *Pastor* se cita jamás una verdad estrictamente de fe, sobre que versara la διψυχία; podía, pues, tratarse de algo al margen de ella y nada más natural que imponerse a muchos la duda sobre el próximo fin del mundo, cuando éste seguía rodando con la normalidad más ejemplar, ajeno a las humanas cavilaciones.

Otra virtud capital para el restablecimiento de la paz es la humildad a la que férvidamente exhorta el obispo de Roma:

«Seamos, pues, humildes, hermanos, deponiendo toda jactancia y ostentación e insensatez y arrebatos de ira, y cumplamos lo que está escrito...» La cita más interesante es la de las palabras de Jesús, por El pronunciadas para enseñar la ἐπιείκεια, «benignidad, clemencia, equidad» y la μακροθυμία «longanimidad», «generosidad», «paciencia», virtudes también pacificadoras, hermanas de la humanidad. El estudio de la cita evangélica no nos incumbe ahora y ha sido hecho de modo excelente en obra reciente [14]. Sólo quiero notar el ἄγραφον que ahí intercala San Clamemente: ὡς χρηστεύεσθε, οὕτως χρηστευθήσεται ὑμῖν. Según A. RESCH se trataría de un *agraphon* de la tradición oral. MASSAUX lo supone tomado, como todo el pasaje, de un catecismo primitivo. Como quiera, es bien notable, pues nos atestigua en la cristiandad primitiva un vivo interés por

---

[13] E. MASSAUX, *O. C.* p. 7 ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

esia virtud de la χρηστότης, variante de la ἐπιείκεια. Todo tiende a formar en el cristiano el ἄνθρωπος εἰρηνικός (cf. Ps. 36, 37) en contraste con el rebelde y sedicioso, perturbador de la paz de la Iglesia:

«Justo es, por ende, hermanos, que seamos antes obedientes a Dios, que no seguir a quienes por jactancia y tumultuariamente se han constituído en cabecillas de la odiosa envidia. Porque nos acarrearemos daño no como quiera, antes bien correríamos grave peligro, si temerariamente nos entregamos a los designios de hombres que apuntan a contiendas y sediciones, con el fin de apartarnos de lo bueno. Seamos blandos (χρηστευσώμεθα) y benignos unos con otros, según las entrañas de bondad y la dulzura de nuestro Creador. Porque escrito está». (Sigue cita de *Ps.* 36, 35-37). *(I Clem.* XIV, 1-4). «Por lo tanto-prosigue-unámonos a los que piadosamen te mantienen la paz, y no con quienes hipócritamente la quieren». *(I Clem.* XV, 1). Pero no ha terminado la exhortación a la humildad:

«De los humildes es Jesucristo, no de quienes se exaltan sobre el rebaño de El. El cetro de la Grandeza de Dios, el Señor Jesucristo, no vino al mundo con aparato de arrogancia ni de soberbia, aunque pudiera, sino en espíritu de humildad, conforme lo había de él dicho el Espíritu Santo» (y sigue la magna profecía de *Is.*, 53, 1-12). «Mirad, carísimos, cuál es el dechado que se nos propone. Pues si hasta ese extremo se humilló el Señor ¿qué será bien hagamos nosotros, los que por El nos hemos puesto bajo el yugo de su gracia?» *(I Clem.* XVI, 1-17).

Ante tamaño ejemplo, podemos impunemente omitir los de Abrahám, Job y David, que también, fiel al estilo de la diatriba, recuerda el obispo romano.

Sí vale, en cambio, la pena transcribir íntegra la conclusión de este largo recorrido ejemplificador:

«Así pues, la humildad y sumisión en tantos y tan grandes varones, así atestiguados, no sólo nos hizo mejores, por la obediencia, a nosotros, sino también a las generaciones que fueron antes que nosotros, así como a cuantos recibieron los oráculos de Dios en temor y verdad. Como quiera, pues, que hemos sido hechos partícipes de muchas y gloriosas acciones, emprendamos otra vez la carrera hacia la meta de la paz que nos fué transmitida desde el principio y fijemos nuestros ojos en el Padre y Creador del Universo y adhirámonos a los magníficos y sobreeminentes dones y beneficios

Universidad Pontificia de Salamanca

de su paz. Mirémosle con nuestra mente y contemplemos con los ojos del alma su benigno designio; consideremos cuán blandamente se ha para con toda su creación». *(I Clem.* XIX, 1-3). Tal vez no haya capítulo más magnífico que éste, en toda la carta, sobre la paz. La apelación al ejemplo del Creador se dice ser procedimiento tomado de la predicación estoica de su tiempo. No me detendré en ello. Lo interesante aquí, para mi objeto, es una imitación literaria, notada por Massaux, de *Hebr.* XII, 1:

«Así, pues, también nosotros, teniendo tan densa nube de testigos que nos circuye, depuesto todo el peso y el pecado que fácilmente nos envuelve, corramos por la paciencia al combate que se nos ha señalado, mirando al autor y consumador de la fe, Jesús, quien...». El movimiento estilístico es el mismo y ello, y la familiaridad bien demostrada de Clemente con la *ad Hebraeos*, nos asegura la imitación; y ésta asegurada, podemos medir la importancia del pasaje transcrito. En uno y otro caso se nos habla de una carrera; la meta, en *ad Hebr.* es la fe; en Clemente, la paz. La *ad Hebr.* nos manda mirar a Jesús, autor y consumadór de la fe; la I.ª *Clem.* al Creador del Universo, modelo de bondad y mansedumbre para con toda criatura. Y esa meta de paz es algo que desde el principio nos fué transmitido (παραδεδομένον, el verbo de donde la importante palabra παράδοσις «traditio»). La paz, pues, la aspiración a la paz es lo tradicional en la Iglesia, y San Clemente, en esta imitación literaria, no teme sustituir la meta de la fe por la de la paz. A esta tradición de paz puede referirse otro pasaje, también de carácter agonístico:

«Todo eso, carísimos, os lo escribimos no sólo para amonestaros a vosotros, sino también para recordárnoslo a nosotros mismos, pues en la misma arena estamos y el mismo combate tenemos delante. Demos, por tanto, de mano a nuestras vacuas y vanas preocupaciones y volvamos a la gloriosa y venerable regla de nuestra tradición...» (I *Clem.* VII, 1-2). ¡La paz, meta de la vida cristiana! Toda la exhortación anterior, todo el largo desfile de textos escriturarios y de personajes de alta virtud hasta el supremo ejemplo del Señor Jesucristo no parecen tener otro objeto que tomar ímpetu para emprender la carrera hacia esa meta, desde un principio marcada a la Iglesia.

El Criador y su obra es ejemplo del cristiano. Los cielos en sus movimientos, el día y la noche en su sucesión, el sol y la luna y los

Universidad Pontificia de Salamanca

coros de las estrellas en sus giros, la tierra en su fertilidad inexhausta, los abismos insondables, el mar inmenso, el océano y los mundos más allá del océano —¡un barrunto de América!—, las estaciones en sus variedades, los escuadrones de los vientos, las fuentes perennes, los más humildes animales en sus ayuntamientos o repúblicas, todo procede conforme a las ordenaciones del Creador en paz, concordia y armonía, y sobre toda la creación derrama El sus beneficios «y sobreeminentemente sobre nosotros que nos hemos acogido a sus misericordias por medio de nuestro Señor Jesucristo» (I *Clem.* XX). La voluntad de Dios nos ha señalado a cada uno nuestro puesto; justo es por ende, que nos mantengamos en él. La palabra λειποταχτεῖν (XXI, 4) aquí empleada por San Clemente tiene sentido militar y la metáfora, que viene de la Apología platónica de Sócratres (Plat. *Apol.* 28 d. a.), debía de ser cara a la cristiandad primitiva, cuando cuando la hallamos en el *Discurso a Diogneto:* «Tal es el puesto que Dios les ha señalado (a los cristianos) y no le es lícito desertar de él» [14]. En el c. XXXVII (y podemos omitir el comentario de los anteriores que no señalan avance nuevo en las ideas respecto a la paz, si bien todos son de extraordinario interés), la comparación de la vida cristiana con la milicia le lleva a sentar otro elemento esencial de paz: la subordinación a una jerarquía, el cumplimiento de una disciplina. Paz social, no ya aquella otra íntima, principio de toda paz, que el obispo romano ha tratado de restablecer en las almas al levantarlas por su férvida exhortación a las alturas divinas donde esa paz tiene su imperio impesturbado. Por significativa manera, en el c. XXVI hallamos el más bello himno, eco de aquel pórtico de la gloria de la Epístola a los Hebreos, a la gloria señera y única de Jesucristo, que es bien releamos una vez más, pues en la gradeza de las ideas, en la belleza misma del estilo, en las reminiscencias paulinas, nos llega fresca y viva como una vibración del alma de la Iglesia primera: «Este es el camino, carísimos, en que hemos hallado nuestra salvación, a Jesucristo, el Sumo Sacerdote de nuestras ofrendas, el protector y ayudador de nuetra flaqueza. Por El fijamos nuestra mirada en las alturas del cielo; por El comtemplamos como en espejo la faz

---

[14] *Diogn.* VI, 10: Εἰς τοσαύτην αὐτοὺς τάξιν ἔθετο ὁ θεός, ἣν οὐ θεμιτὸν αὐτοῖς παραιτήσασθαι.

Universidad Pontificia de Salamanca

inmaculada y soberana de Dios; por El se nos abrieron los ojos del corazón; por El nuestra inteligencia, insensata y entenebrecida antes, reflorece a su luz admirable [15]; por El quiso el Dueño soberano que nosotros gustásemos del conocimiento inmortal: *El, que siendo esplendor de su grandeza, es tanto mayor que los ángeles, cuanto ha heredado nombre más excelente* (Hebr. 1, 3-4). Está efectivamente escrito: *El que hace a sus mensajeros vientos y a sus ministros llama de fuego. Acerca de su hijo, dijo, empero, el Dueño: «Hijo mío eres tú, yo te he engendrado hoy. Pídeme y te daré las naciones por herencia y por posesión tuya los confines de la tierra.* Y otra vez le dice: «*Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies* (Cfr. *Hebr.* 1, 7, 5, 13). Ahora bien, ¿quiénes son esos enemigos? Los malvados y que se oponen (ἀντιτασσόμενοι) a su voluntad». (I *Clem.* XXXVII, 1-6). Subrayo el verbo ἀντιτάσσω porque, indudablemente, tiene aquí sentido militar y él se lo comunicaría a ἐχθρός, y con ello tenemos un importante enlace de ideas. La cita de *Hebr.* 1, 13 (que viene originariamente del Ps. 109, 1) le presenta a Jesucristo como un rey contra el que se enfrentan sus enemigos, pero que tiene también su ejército fiel y disciplinado. La transición a XXXVII, 1 es de la más suave pendiente:

«Militemos, pues, hermanos, con todo fervor bajo sus órdenes intachables». ¡Militemos! Pero ¿qué milicia es posible sin una disciplina ni qué disciplina sin una jerarquía? Y a los ojos del obispo romano se le presenta de pronto la que reina, rígida e inflexible y, a par, natural y fácil por impulso del patriotismo, dentro del glorioso ejército de Roma, que, muy en breve, bajo nuestro Trajano, llevaría a sus límites extremos las fronteras del Imperio. (San Clemente escribe bajo Nerva—corríjase la fea errata de *Nerón* en *Padres Apostólicos* p. 115,—y a Nerva sucede, en 98, Trajano):

»Consideremos a los que militan bajo las órdenes de nuestros

---

[15] Los codd. A *(Alexandrinus)* y H *(Hierosolymitanus)* leen conforme a 1 Petr. 2, 9; εἰς τὸ θαυμαστὸν αὐτοῦ φῶς (A), εἰς τὸ θαυμαστὸν φῶς (H). Esta lección seguí en mi versión *Padres Apostólicos* (B. A. C.) p. 211, cuando el texto de Bihlmeyer omite θαυμαστὸν αὐτοῦ siguiendo a Clem. Al *(Strom.* IV, 16, 112) y las versiones lat. y sir. Reconozco desde luego mi incongruencia y, sobre todo, la necesidad de proveer la próxima edición de *Padres Apostólicos* del correspondiente aparato crítico.

Universidad Pontificia de Salamanca

príncipes, cuán disciplinadamente, cuán prontamente, cuán sumisamente ejecutan cuanto se les ordena». Ese πῶς por tres veces repetido, rezuma toda la admiración del romano por el orden y la disciplina. Ahora bien, no hay orden sin subordinación ni disciplina sin jerarquía:

«No todos son prefectos, ni tribunos, ni centuriones, ni quincuagenarios y así de los demás grados, sino que cada uno en su propio orden ejecuta lo mandado por el Emperador y por los jefes superiores» *(I Clem.* XXXVII, 3).

«Cada uno en su puesto u orden», dice S. Clemente, repitiendo una palabra de San Pablo, si bien a otro propósito *(I Cor.* 15, 23). Es palabra grata del obispo romano que la repetirá como un lema o consigna: ἕκαστος ἐν τῷ ἰδίῳ τάγματι. Recordemos que la República platónica se asienta toda en principio semejante: ἕκαστον τὰ ἑαυτοῦ πράττειν: Que cada uno haga lo suyo, lo que sabe, puede y debe hacer. ¡Tan sencillo principio teóríco— ¡zapatero a tus zapatos!— y tan rara vez llevado a la práctica! Yo no sé de dónde nos viene a todos el afán por meternos en camisa de once varas. Pero sigamos con «lo nuestro». San Clemente sienta con nitidez la teoría de la jerarquía natural, principio de orden, subordinación y paz: «Ni los grandes pueden subsistir sin los pequeños ni los pequeños sin los grandes. En todo hay cierta templanza y en ésta radica la utilidad». Buen ejemplo el cuerpo humano: Ni la cabeza vale nada sin los pies ni los pies sín la cabeza. Todo conspira y todo se subordina a la salud o conservación del cuerpo entero *(I Clem.* XXXVII, 4, 5) [16].

Hasta aquí, teoría no, cierto, original, pues se trata ora de reminiscencias paulinas, ora de lugares comunes de la filosofía y literatura del tiempo; pero Clemente mira derechamente a la Iglesia:

«Sálvese, pues, nuestro cuerpo entero en Cristo Jesús y sométase cada uno a su prójimo, conforme fué colocado en carisma suyo». Bella variante del *tagma* u orden: El puesto que cada uno ocupa en la Iglesia es un carisma de Cristo. Y así, sigue ahora una enumeración, no de grados propiamente jerárquicos, sino de gracias, aptitudes o carismas:

«El fuerte cuide del débil y el débil respete al fuerte; el rico su-

---

[16] Sobre las fuentes de este importante c., Cf. Sanders, *o. c.* p. 78, ss.

Universidad Pontificia de Salamanca

ministre al pobre y el pobre dé gracias a Dios que le deparó quien socorra su necesidad. El sabio muestre su sabiduría, no en palabras, sino en buenas obras; el humilde no se dé testimonio a sí mismo, sino deje que otros atestigüen por él; el casto en su carne, no se jacte de serlo, sabiendo como sabe que es otro quien le otorga la continencia» *(I Clem.* XXXVIII, 1, 2).

Un hombre tan penetrado del Antiguo Testamento como San Clemente Romano, era natural buscara en sus instituciones si no una fundamentación, sí al menos un refuerzo en su doctrina del orden y jerarquía en la vida de la Iglesia. El culto antiguo estaba estrictamente reglamentado en modo, tiempo y personas y nada debía hacerse al azar y desordenadamente (εἰκῇ καὶ ἀτάκτως). «Porque al Sumo Sacerdote le estaban encomendadas sus propias funciones; su propio lugar tenían señalado los sacerdotes ordinarios, y propios ministerios incumbían a los levitas; el hombre laico, en fin, por preceptos laicos estaba ligado» *(I Clem.* XL, 5). Tal vez sea ésta la vez primera que se hable del hombre laico y se establezca, por ende, conscientemente la distinción entre clero y pueblo [17]. «Cada uno de nosotros —concluye Clemente— procure agradar a Dios en su propio orden (ἐν ἰδίῳ τάγματι), manteniéndose en buena conciencia, a fin de que, haciéndose todo santamente, sea acepto en beneplácito a su voluntad» *(I Clem.* XLI, 1). Y sigue la confirmación por la ordenación del culto en la Antigua Ley. «Ahora bien, los que hacen algo fuera de lo que conviene al querer de Dios, tienen señalada pena de muerte. Ya lo veis, hermanos; cuanto mayor conocimiento se dignó el Señor concedernos, tanto es mayor el peligro a que estamos expuestos» *(I Clem.* XLI, 3-4).

Mas viene ahora el argumento decisivo. La jerarquía de la Iglesia no estriba en una metáfora, aunque ella fuera expresión de una realidad. No es sólo que seamos un ejército y no hay ejército sin disciplina, ni disciplina sin jerarquía; no es sólo que seamos un cuerpo y no hay cuerpo sin variedad de miembros y funciones y conspiración a un solo fin. La jerarquía viene de los Apóstoles, los Após-

---

[17] λαικός «lo que concierne al pueblo (λαός) No se da en el N. T., si bien en tres o cuatro pasajes de la Epístola a los Hebr. 2, 17; 5, 3; 7, 5, 27, λαός se opone claramente a sacerdote. En Clem. Al. se establece ya la oposición entre κληρικός y λαικός, p. 562. ed. Potter.

Universidad Pontificia de Salamanca

toles de Jesucristo y Jesucristo de Dios Padre. Y en la misión y obra de los Apóstoles no olvida Clemente la acción decisiva del Espíritu Santo. La línea, pues, que nos lleva en la Iglesia de los hombres a Dios está trazada con tal nitidez y seguridad por este gran obispo romano, tercero después de San Pedro, que nadie logrará quebrarla. Sobre esa misma línea otro gran obispo contemporáneo, Ignacio de Antioquía, desenvolverá bien pronto, camino de su martirio, no ya la obediencia, sino la mística de la jerarquía. Ya el hecho mismo de la misión de los Apóstoles por Jesús y de Jesús por el Padre, se le presenta a San Clemente como obra de εὐταξία, de orden y disciplina. El otro anillo de la cadena, el establecimiento de los grados jerárquicos, es ya dominio de la historia de la Iglesia —¡y bien fresca podía estar esa historia en el año 96!— siquiera el obispo romano la vea prefigurada y justificada en hechos de la historia del pueblo de Dios *(I Clem.* XLII-XLIII). La cuestión estaba terminada. Los sediciosos corintios habían cometido un grave pecado, ἁμαρτία οὐ μικρά) al deponer a varones irrepochables en el cumplimiento de su ministerio que traían su elección o de los Apóstoles o de sucesores de los Apóstoles. La doctrina estaba firmemente asentada. La voz de exhortación a la penitencia de quienes habían pecado y a la intensificación de la vida cristiana por parte de todos, resonaría muy pronto en Corinto y será bien acogida. Aquí pudiera San Clemente haber dado fin a su homilía; sin embargo, la exhortación prosigue vehemente y apremiante durante varios capítulos más:

¿«A qué vienen entre vosotros contiendas y riñas y banderías y escisiones y guerras? ¿O es que no tenemos un solo Dios y un solo Cristo y un solo Espíritu de la gracia derramado sobre nosotros, y uno solo es nuestro llamamiento en Cristo? ¿A qué fin desgarramos y despedazamos los miembros de Cristo y nos sublevamos contra nuestro propio cuerpo, y llegamos a punto tal de insensatez que nos olvidamos que somos los unos miembros de los otros?» *(I Clem.* XLVI, 5-7). Por la vehemencia del tono, por la grandeza y tenor mismo de las ideas, creeríamos estar oyendo al mismo Apóstol San Pablo: *Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis llamados en una sola esperanza de vuestro llamamiento, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el que es sobre todos y por todos y en todos... (Eph.* 4, 4-6).

De San Pablo se acuerda, en efecto, nominalmente Clemente y a su epístola remite a los Corintios, dados ya de antiguo a bandos y parcialidades. Pero ¡qué diferencia de entonces ahora! Entonces

Universidad Pontificia de Salamanca

los bandos se agrupaban en torno a Cefas, Pablo o Apolo; «ahora, empero, considerad, quiénes os han extraviado y por quiénes ha venido a menos la veneración de la antes por doquiera celebrada fraternidad vuestra. Vergonzosa cosa es, carísimos, cosa por extremo vergonzosa e indigna de la conducta en Cristo oirse que la firmísima y antigua Iglesia de los corintios se halla, por una o dos personas, en rebelión con sus ancianos» *(I Clem.* XLVII, 5-6).

Por significativa manera también, esta última parte de la exhortación culmina en el un magnífico himno de la caridad, eco del que entonara el gran Apóstol en la carta que Clemente quiere tomen una vez más en sus manos los corintios.

¿Cabe dudar que él la tomaría muchas veces? Si la exhortación a la paz culmina en el himno a la caridad, es que el obispo romano sentía que ella era la más fuerte atadura para guardar la unidad del Espíritu. Aquí, a la verdad, no vamos a caza de citas de la letra, fruición suprema de la erudición, sino de citas del espíritu. Y ésta de *Eph.* 4, 1-3, que casi con seguridad puede afirmarse conoció San Clemente, creo yo es una de las que pudieron obrar en el fondo de su espíritu, aunque no emergieran a su estilo:

«Os exhorto, pues, yo cautivo en Cristo, a que caminéis de manera digna dal llamamiento a que fuísteis llamados, con toda humildad y mansedumbre y paciencia; soportándoos los unos a los otros en caridad, esforzándoos por guardar la unidad del Espíritu en la atadura de la paz».

El himno clementino se anuncia por un preludio, de espíritu también paulino, y de capital importancia para la paz de la comunidad:

«Enhorabuena que uno tenga carisma de fe; otro sea capaz de explicar el conocimiento; otro, sabio en el discernimiento de discursos; otro, casto en sus obras. Porque cuanto uno se cree ser mayor, tanto debe ser más humilde y buscar no su propio interés, sino el de la comunidad». (I Clem. XLVIII, 5-6). San Pablo dirá que la caridad *non quaerit quae sua sunt* (por cierto, en contradicción con lo que todo el mundo hace: οἱ πάντες γὰρ τὰ ἑαυτῶν ζητοῦσιν... Phil. 2, 21).

La belleza e importancia de los capítulos dedicados a la caridad en la *I.ª Clementis* bien se merecen el detenido e interesante estudio que los consagra Sanders, (*o. c.* p. 93-108); para mi intento actual sólo quiero hacer notar que San Clemente, escribiendo bajo el dolor de la escisión corintia, recalca señaladamente aquellos aspec-

Universidad Pontificia de Salamanca

tos de la caridad que dicen particularmente con el fomento de la paz y unión fraterna.

Esto prueba que no se trata para el obispo de Roma de un puro tema retórico, sino de una cuestión vital, siquiera a su servicio se ponga la retórica y un tema literario de la época.

La diatriba se iniciaba, como ahora empieza su sermón cualquier principiante orador sagrado, por una sentencia conocida, repetida más o menos literalmente. San Clemente la tomaría del Evangelio de San Juan (14-15): «El que tenga la caridad de Cristo, que cumpla los mandamientos de Cristo». La dependencia literal es discutible: «Si me amáis —dice Jo. 14, 15— guardad mis mandamientos (ἐντολός aquí; παραγγέλματα en Clem.); el fondo, sí es el mismo. Y en estilo de pura diatriba, empieza el elogio de la caridad:

«El vínculo de la caridad de Dios (*gen. objetivo*), ¿quién lo puede explicar? La magnificencia de su hermosura ¿quién es suficiente a decirla? La altura a que nos levanta la caridad es inefable. La caridad nos une con Dios (*sin paralelo en San Pablo*), *la caridad cubre la muchedumbre de los pecados*, (I. *Petr.* 4, 8.), la caridad todo lo soporta, en todo es paciente *(coincidencia con S. Pablo)*. Nada hay bajo en la caridad, nada hay soberbio (*no se hincha, no es indecorosa*, dice San Pablo). La caridad no conoce la disensión, la caridad no es sediciosa, la caridad todo lo hace en concordia. En la caridad fueron hechos perfectos todos los elegídos de Dios; sin caridad nada hay agradable a Dios».

La apelación al ejemplo del Creador, que era típica de la diatriba y ha sido empleada más de una vez por San Clemente, cobra aquí emoción y originalidad cristiana por completarse con el amor de Cristo y el misterio de la redención, obra de la caridad: «En caridad nos acogió a nosotros el Dueño. Por la caridad que nos tuvo, Jesucristo, nuestro Señor, dió su sangre por nosotros, y su carne por nuestra carne, y su alma por nuestras almas». (I Clem. XLIX). El orador se detiene un momento y exhorta a sus oyentes a que participen de su propia emoción:

«Mirad, carísimos, cuán grande y admirable cosa es la caridad. ¿Quién será capaz de ser encontrado en ella, sino aquellos a quienes Dios mismo tuviere por dignos? Roguemos, pues, y supliquemos de su misericordia que nos hallemos en la caridad, sin humana parcialidad, irreprochables». (I Clem, L, 1-2).

La caridad no cae jamás, había dicho San Pablo. Eco suyo pare-

Universidad Pontificia de Salamanca

ce la idea de Clemente: «Todas las generaciones, de Adán hasta el día de hoy, han pasado; pero los que fueron hechos perfectos en la caridad por la gracia de Dios, ocupan la morada de los piadosos, los cuales se manifestarán en la visita del reino de Cristo...» (I Clem. 2, 3).

El himno se termina por una como efusión de admiración y una doxología inspirada por el recuerdo del nombre de Jesucristo: «Dichosos de nosotros, carísimos, si hubiéremos cumplido los mandamientos de Dios en la concordia de la caridad, a fin de que por la caridad se nos pernonen nuestros pecados. Porque está escrito (cita de *Ps.* 31, 1-2). Esta bienaventuranza fué concedida a los que han sido escogidos por Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria los siglos de los siglos. Amén». (I *Clem.* L, 5-7).

Imposible decir nada más bello, ni más alto, ni más profundo que cuanto de la caridad dice en estos dos cc. XLIX y L el obispo de Roma en orden al restablecimiento de la paz en la comunidad corintia, y todo ello dicho no por el gusto de desarrollar un tema literario de moda, sino con la emoción viva de la necesidad de las almas a quienes hay que llevar al arrepentimiento y a la penitencia. Reconozcan su pecado quienes fueron causa de la sedición y bandería: no endurezcan su corazón, como lo endurecieron los rebeldes contra el siervo de Dios, Moisés, y cuya condenación fué manifiesta (Num. 16, 30, ss.), o como Faraón, su ejército y los príncipes de Egipto (I *Clem.* LI).

Y saltamos a un c. de vivo interés. Después de presentar el ejemplo de Moisés que pide perdón por su pueblo y, de no perdonarle, quiere ser borrado del libro de los vivientes, San Clemente se vuelve a los rebeldes y les dice:

«¿Quién hay, pues, entre vosotros generoso, quién compasivo? ¿Quién se siente lleno de caridad? Pues ése diga: «Si por mi causa vino la sedición, la contienda y las disensiones, yo me retiro y me voy a donde queráis y estoy pronto a cumplir lo que la comunidad ordenare, a condición solamente de que el rebaño de Cristo se mantenga en paz con sus ancianos establecidos». *(I Clem.* LIV, 1-2).

Lo que San Clemente pide en bien de la paz es la retirada y destierro voluntario de quienes han sido causa de perturbarla. Así podía hablar después de la exaltación de ia caridad. El ejemplo mismo de Moisés, que prepara esta suprema exigencia y sacrificio, le arranca a San Clemente esta exclamación:

Universidad Pontificia de Salamanca

«¡Oh caridad grande! ¡Oh perfección insuperable! El siervo habla libremente a su Señor, pide perdón para la muchedumbre o exige que se le borre también a él del libro en los vivientes». *(I. Clem.* LIII, 5). Para afrontar ese sacrificio había que estar, como quiere San Clemente, «en la plenitud de la caridad». No es, sin embargo, de temer el destierro. El hombre—decía la filosofía estoica del tiempo—es ciudadano del mundo. Y al cristiano le dice San Clemente:

«El que esto hiciere, se adquirirá una grande gloria en Cristo, y todo lugar le recibirá, pues *del Señor es la tierra y toda su plenitud*« *(Ps.* 23, 1). Así obraron y así seguirán obrando quienes han llevado comportamiento digno de Dios, de que no cabe jamás arrepentirse». *(I Clem.* LIV, 3).

Este sacrificio de voluntaria abnegación que en aras de la paz común pide aquí el obispo de Roma, no es nuevo en la historia; ni en la historia pagana, ni en la sagrada:

«Muchos reyes y príncipes, en tiempo de pública calamidad, se entregaron a sí mismos a la muerte en virtud de un oráculo, con el fin de librar con su propia sangre a los ciudadanos; muchos se desterraron voluntariamente de sus propias ciudades, para poner término a la sedición. Sabemos que muchos entre nosotros se han entregado a sí mismos a las cadenas para rescatar a otros; muchos se han vendido por esclavos y con el precio de su libertad han alimentado a otros». *(I Clem.* LV, 1-2).

Hasta mujeres, como Judit y Ester, se ofrecieron al peligro por la salvación de su pueblo. *(Ibid.* 3-6).

Un elogio de la corrección fraterna, prepara hábilmente la última intimación que el obispo romano va a dirigir sin paliativo ninguno a los rebeldes:

«Ahora, pues, vosotros, los que fuísteis causa de que estallara la sedición, someteos a vuestros ancianos y corregíos para penitencia, doblando las rodillas de vuestro corazón. Aprended a someteros, deponiendo la arrogancia jactanciosa y altanera de vuestra lengua, porque más vale para vosotros encontraros en el rebaño de Cristo, pequeños, pero escogidos, que no por excesiva estimación de vosotros mismo, ser excluídos de su esperanza» *(I Clem.* LVII, 1-2). La voz del Supremo Pastor suena aquí imperativa: Hay que someterse, hay que hacer penitencia, hay que deponer esa terrible αὐθάδεια «la complacencia en sí mismo», contra la que

Universidad Pontificia de Salamanca

ya prevenía la *Didaché* por los mismos días en que daba sus amargos frutos de escisión en la Iglesia de Corinto. Y sin embargo, aun en este duro imperativo percibimos el trémolo de la emoción y de la paterna solicitud que busca ante todo la salvación del alma. Ahí está ese largo pasaje de *Prov.* 1, 23-33; ahí ese postrero y solemne llamamiento con el famoso juramento trinitario:

«Aceptad nuestro consejo y no os arrepentiréis. Porque vive Dios y vive el Señor Jesucristo y el Espíritu Santo y la fe y la esperanza de los elegidos, que sólo el que en espíritu de humildad y perseverante benignidad cumpliere sin volver atrás las justificaciones y mandamientos dados por Dios, solo ése será ordenado y escogido en el número de los que se salvan por medio de Jesucristo, por quien se le da a Dios la gloria por los siglos de los siglos. Amén». *(I Clem.* LVIII, 2).

Sólo ése también—interpretamos nosotros ahora el sentir del gran Pontífice romano del siglo I—ha entrado en el camino de la verdadera paz. Y es ahora tal la exaltación con que habla el gran Pontífice que, sin darse cuenta, sin transición estilística ni aun gramatical, pasa de la exposición doctrinal a la oración, a la magna oración que, como efusión real del alma del Obispo y a par como símbolo del solo definitivo medio de paz, cierra esta primera encíclica romana; encíclica, si no por su destino e intención primera, sí por su difusión real, pues un Policarpo de Esmirna la tendrá en sus manos y la comentó, posiblemente, a su pueblo.

Como era de esperar, puesto que la *lex orandi* no es sólo *lex credendi*, sino también *lex cogitandi*, ideas que fueron expuestas doctrinalmente, nos salen ahora al paso con ímpetu y ritmo de oración:

«Abriste los ojos de nuestro corazón para conocerte a Tí, el solo Altísimo en las Alturas, el Santo que reposa en los santos, el que humillas la insolencia (ὑ'βριν), de los soberbios, y desbaratas los pensamientos de las naciones [18], el que levantas a los humildes y abates a los altivos»... *(I Clem.* LIX, 3).

Pero el punto capital que hay que considerar aquí—; aquí, precisamente, cuando el obispo de Roma levanta sus manos en ora-

---

[18] Posible alusión a la muerte violenta del perseguidor Domiciano.

Universidad Pontificia de Salamanca

ción a Dios—; es la actitud de Clemente y, por ende, de la Iglesia primitiva, frente a los poderes del Imperio. Y ante todo confesemos nuestra sorpresa cuando por vez primera nos sale al paso la mención de «nuestros gobernantes» al final de una emocionada súplica de perdón:

«Misericordioso y compasivo, perdona nuestras iniquidades, pecados, faltas y negligencias. No tengas en cuenta todos los pecados de tus siervos y siervas, sino purifícanos con la purificación de tu verdad, y endereza nuestros pasos para caminar en santidad de corazón y hacer lo que es bueno y agradable delante de Tí *y delante de nuestros gobernantes*». (LX, 2).

Como si el Pontífice orante hubiera sorprendido nuestro gesto de sorpresa—el nuestro, naturalmente, no; el de algún oyente suyo, posiblemente, sí; —un rotundo «sí», ratificando la anterior, inicia esta bella súplica por la paz universal:

«Sí, Dueño soberano, muestra tu faz sobre nosotros para bien en la paz, a fin de ser protegidos por tu poderosa mano, y ser librados de todo pecado por tu brazo excelso, y protégenos contra los que inícuamente nos aborrecen. Danos concordia y paz a nosotros y a todos los que habitan sobre la tierra, como se la diste a nuestros padres que te invocaban santamente *en fe* y *verdad (I Tim. 2, 7)*, hechos obedientes a tu omnípotente y glorioso nombre *y a nuestros gobernantes y príncipes sobre la tierra*». *(I Clem.* LX, 3-4).

El que así ora, haba vivido dos terribles persecuciones por parte de esos mismos gobernantes a quienes quiere agradar y con quienes quiere vivir en paz y obediencia.

No mucho antes que la *1.ª Clementis*, si nos atenemos al testimonio de San Ireneo, V, 20, 3 (πρὸς τῷ τέλει τῆς Δομετιανοῦ ἀρχῆς), se escribía en la isla de Patmos—y si no se escribía, se *veía*—el *Apocalipsis* de San Juan, relegado allí por el tirano Domiciano, «por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús». *(Apoc.* 1, 9). Nada cabe concebir más opuesto al tono de paz de la súplica del Pontífice romano que las terribles imprecaciones sobre Babilonia la Grande, es decir, sobre Roma, «que a todas las naciones dió a beber del vino del furor de su fornicación» *(Apoc.* 14, 8), y «se embriagó con la sangre de los testigos de Jesús» *(Ibid.* 17, 6). Para el vidente del *Apoc.*, el Imperio es la Bestia, cuya marca es signo de reprobación. ¡Qué júbilo al verla despeñarse en los abismos!:

«Un ángel poderoso levantó una piedra, como una rueda gran-

Universidad Pontificia de Salamanca

de de molino, y la arrojó al mar diciendo: Con tal ímpetu será arrojada Babilonia, la gran ciudad, y no será hallada más...» (*Apoc.* 18, 21).

En todo este terrible capítulo 18, creeríamos oír el grito salvaje de un milenario rencor racial, que se ve al cabo satisfecho con la ruina de la gran ciudad enemiga; erraríamos, sin embargo, si pensáramos que esas imprecaciones se dirigen a Roma y al Imperio como poder temporal, defensa, símbolo, encarnación misma del derecho y de la justicia. En ese orden terreno, en el dominio de lo temporal, un cristiano tenía que dar al César lo que era del César, y el Vidente de Patmos no podía haber olvidado la palabra del Maestro. Pero es que el Imperio de la autoridad, de la justicia y del derecho, lo era también de la más abominable idolatría y en aras de la diosa Roma se había ya vertido mucha sangre cristiana y seguirá derramándose a torrentes durante siglos. Contra esa Roma, sí, contra la Roma que desenvainaba su espada sobre quienes abominaban de su culto, contra esa bestia potente, encarnación de la idolatría, señora del orbe, el Vidente desencadena los poderes del cielo y de la tierra para aniquilarla y entona un himno de triunfo cuando la imagina, en efecto, aniquilada. Clemente Romano no abomina menos que Juan el Vidente de esa bestia embriagada de sangre cristiana; pero en este momento de su impresionante súplica sólo piensa en el poder más grande de la tierra con quien la Iglesia aspira lealmente a vivir en paz. Este sentir de la Iglesia que es grato hallar tan solemnemente expresado en las postrimerías del siglo I, lo reiterará en el siguiente otro gran obispo, lumbrera de Asia, Melitón de Sardes, quien escribirá a Marco Aurelio estas notables palabras, guardadas por Eusebio (HE, IV, 26, 7):

«Nuestra filosofía *(¿qué denominación mejor del cristianismo en escrito dirigido al emperador filósofo?)* alcanzó su vigor entre gentes bárbaras; mas empezando a florecer en los pueblos de tu dominio bajo el grande imperio de Augusto, antecesor tuyo, vino a ser señaladamente para tu reino un buen augurio, pues a partir de entonces el poderío romano creció en grandeza y brillantez. De ese poderío eres tú el heredero deseado y lo seguirás siendo juntamente con tu hijo, a condición que guardes esta filosofía que se crió con el Imperio y empezó junto con Augusto, la que tus antepasados honraron junto con las demás religiones...».

Imperio e Iglesia, que nacen juntos, estaban llamados, según

Universidad Pontificia de Salamanca

Melitón de Sardes, a vivir concordes para común prosperidad. Los Apologistas prolongan la misma línea doctrinal. Como un verdadero comentario a la gran oración del obispo romano, pudiéramos aducir el c. 17 de la Apología I de San Justino:

«Sólo a Dios adoramos, pero en todo lo ál os servimos a vosotros con gusto, confesándoos por emperadores y gobernantes de los hombres y rogando a Dios que junto con el poder imperial, tengáis prudente razonamiento».

Este prudente razonamiento tardó siglos en venir; pero no fué ciertamente por culpa de la Iglesia. Esta actitud de San Clemente romano ante la autoridad imperial es, aparte su patente raíz evangélica, un brote de la doctrina paulina que ningún romano podía desconocer y menos que nadie el obispo de Roma. Entre el pasaje célebre de *Rom.* 13, 1-7 y éste de San Clemente hay que admitir no sólo identidad de fondo, sino verdadera dependencia literaria, aunque, como era de esperar en una oración, no se trate de una cita.

«Tú, Dueño soberano, les diste la potestad del Imperio por tu magnífica e inefable fuerza, a fin de que, reconociendo nosotros la gloria y honor que por Tí les fueron dados, nos sometamos a ellos, sin oponernos en nada a tu voluntad». *(I Clem.* LXI, 1*)*.

Y San Pablo: «Toda alma sométase a las potestades supremas; porque no hay potestad, sino dada por Dios, y las que existen, por Dios están ordenadas. De suerte que quien a la potestad resiste, con la ordenación de Dios se enfrenta». *(Rom.* 13, 2-3*)* [19].

---

[19] Solo por la reseña de la R. H. E., XLVI (1951) p. 722 ss., conozco la obra de Chrìstian Eggenberger, ***Die Quellen der politischen Etik des I Clemensbriefes*** (Zurich, 1951). Del resumen que da E. Massaux, tomo el siguiente párrafo que traduzco: «Un segundo capítulo (de la obra de Eggenberger) abraza la moral del Estado en la Epístola. Se ha dicho a menudo, nota el Autor, que, con el Emperador Constantino, desapareció el verdadero cristianismo. En realidad, esta desaparición puede comprobarse mucho antes, ya en la *1.ª Clementis:* En lugar de recalcar el amor entre los hermanos, se recalca la subordinación a las autoridades temporales. Esto es lo que resalta señaladamente de la grande oración de los cc. 59-61. Exactamente como esta grande oración de intercesión es el punto culminante de toda la Epístola, las súplicas formuladas a Dios en favor de la autoridad, constituyen el punto culminante de la oración misma; se ruega por las autoridades y no por la unión y amor entre los hermanos. Si Harnack había ya subrayado este elemento, no había visto, al decir de Eggenberger, el estrecho lazo entre esta grande oración final y el fin general de la Epístola, que es sólo

Universidad Pontificia de Salamanca

El obispo de Roma, que siente, posiblemente, el peso del gobierno de los demás y ahora mismo lleva clavada la espina de la comunidad corintia escindida, implora la ayuda divina para los gobernantes del Imperio: «Dales, Señor, salud, paz, concordia y firmeza, para que ejerzan sin tropiezo la autoridad (ἡγεμονίαν) que por ti les fué dada». Sin duda, porque el mando, si ha de entenderse cristianamente, es una entrega de servicio y sacrificio en bien de los demás y exige, por ende, el esfuerzo y tensión del cuerpo y del espíritu, la firmeza propia y la unión y concordia con los otros. El poder es una ἡγεμονία, que fuera bien traducir por caudillaje o capitanía, palabras que dicen etimológicamente de cabeza, del que rompe marcha y va delante. Y como «hegemonía» dada por Dios, entraña la más alta responsabilidad. Bien, es, pues, que la Iglesia, por boca de su Pontífice, implore la ayuda divina para los que han de ejercerla.

«Porque tú, *rey celeste de los siglos (I Tim.* 1, 17) das a los hijos de los hombres gloria y honor y poder sobre las cosas de la tierra; endereza Tú, Señor, su designio conforme a lo bueno y agradable delante de Ti, a fin de que, ejerciendo en paz y mansedumbre y piadosamente la potestad que por ti les fué dada, te tengan a Ti propicio».

Recordemos una vez más que todo esto se dice, en la vehemencia de una pública oración, el año 96, a la muerte de un perseguidor de la Iglesia, cuando miembros suyos gimen en las carceles *(redime a nuestros cautivos)*, cuando por doquiera se ve acosada de odio inicuo *(libranos de los que nos aborrecen inicuamente)*.

Tras ésta por todos conceptos impresionante oración, el mismo Clemente recapitula su magna carta y ahí, por vez postrera, desfila todo el vocabulerio de la paz, digamos mejor, todo el cortejo de virtudes, floración que son de la paz y tierra, a par, en que ella florece. Huelga repetirlas una vez más (LXII). Esta magna carta, lo mismo puede calificarse de tratado sobre la vida cristiana que epis-

---

un escrito polémico en favor de una actitud recta frente al Estado, concretamente frente al Imperio romano». Hay que haber pasado bien a la ligera por los textos o haberlos mirado con el velo de tupido prejuicio para llegar a tales afirmaciones. »Las conclusiones de la obra—termina Massaux—, repiten, exagerándolas, las viejas tesis protestantes con radicalismo que nos sorprende en nuestros días».

Universidad Pontificia de Salamanca

tola περὶ εἰρήνης καὶ ὁμονίας, como su autor mismo la califica en este ya casi postrer capítulo (LXIII, 2). Justamente lo que en estas consideraciones hemos pretendido recalcar es que lo mismo en la *Didaché* que en la *I.ª Clementis* la auténtica y ferviente vida cristiana es el solo camino de la paz.

Con la carta de Clemente, fueron también a Corinto tres legados suyos, hombres fieles y prudentes, que desde su juventud a la vejez se habían portado en la Iglesia de modo irreprochable, los cuales habían de ser testigos entre una y otra Iglesia. «Y esto hemos hecho—afirma el obispo romano—para que sepáis que toda nuestra preocupación ha sido y sigue siendo que cuanto antes recobréis la paz». *(I Clem.* LXIII). Y esa misma paz les desea en larga y magnífica bendición final. Esta bella palabra εἰρήνη, que aquí aparece amurallada por un verdadero escuadrón de virtudes, no se le va de la mente al grande obispo romano. Aun la estampa por dos veces en el último capítulo: Que «en paz y con gozo» vuelvan sus legados de Corinto, a fin de que cuanto antes le traigan la noticia de la paz y concordia, objeto de sus súplicas y anhelos: ὅπως θάττον τὴν εὐταίαν καὶ ἐπιποθήτην ἡμῖν εἰρήνην καὶ ὁμόνοιαν ἀπαγγέλωσιν.

Y seguramente se la trajeron. La paz volvió a la Iglesia de Corinto y cuando, años adelante, pasa por allí Hegesipo, camino de Roma, la disensión pasada era sólo un recuerdo y nuevamente florecía la vida cristiana en la más limpia pureza de fe.

Que esa paz, εὐταία καὶ ἐπιποθήτη, en torno a la Eucaristía y en torno al sucesor de Clemente Romano, sea flor y fruto de la magna Congregación Eucarística, a que dedico este comentario.

Duruelo (Avila), febrero de 1952.

Daniel RUIZ BUENO.

Universidad Pontificia de Salamanca